

Pinta masculina en tiempos de independencia

El vestuario masculino usado por criollos y españoles durante los años de 1800 y 1815 estuvo regido por una fuerte influencia de la moda francesa. En 1804, se dispuso por Cédula Real, un traje de ceremonia para los Regidores de la Nueva Granada, consistente en “casaca y pantalón de color azul, solapa vuelta, collarín y fondo blanco con bordados en oro en forma de palmas entre lazadas”.

Los primeros años del siglo XIX, fueron testigos de la simplificación en el vestuario. Se sustituyeron piezas como los galones y las pasamanerías (cuellos y mangas exagerados) de las casacas y de las chupas, y se reemplazaron por bordados muy finos, de seda, con diseños florales. Este nuevo estilo de casaca fue acompañado por chalecos hechos de paño, raso, seda entre otros materiales, bordados delicadamente y se acolcharon tomando el nombre de cotones. Las camisas alzaron el cuello y este alcanzó el nivel de las orejas, para quedar aprisionado por el corbatín, el cual se anudaba sobre el pecho. Los calzones se hicieron más ajustados, predominando en todo el conjunto el uso de telas blancas o de colores claros.

Junto a casacas, chalecos y calzones se encuentran accesorios como los zapatos y botas de charol. Los zapatos se hicieron más pequeños y hacia 1810 se usaron con hebillas grandes o lazos negros de tela. Las botas de dobléz, muy puntiagudas y sin tacones fueron una tendencia fuerte de la moda entre los jóvenes, quienes las usaban a diario. No en vano José González Llorente tenía en sus inventarios un gran surtido de telas, encajes y otros textiles de diversas características que eran vendidos en su tienda de la Calle Real a los sastres de la ciudad, para la confección del vestuario de sus habitantes más prestantes.

El aspecto físico también complementaba el atuendo. José Manuel Groot en su “Historia y cuadros de costumbres” relata cómo días después del 20 de julio de 1810, él y su padre fueron a la barbería para hacerse cortar “la coleta que tiranizaba la cabeza y había sido proscrita desde la gloriosa fecha”, mientras Pedro María Ibañez en sus “Crónicas de Santa Fe”, hace alusión a cómo los hombres se afeitaban el bigote, moda nacida en Inglaterra, acompañado de patillas cortas; se dejó a un lado las pelucas y se cubrieron los cabezas con sombreros de copa alta, blancos y negros. Los cabellos se usaban en desorden y partidos en ambos lados de la cabeza, aunque otros adoptaron el peinado corto, hacia delante, llamado “a la Brutus”, por inspirarse en los famosos peinados del cónsul romano, quien conspiró contra Julio César.

Todas estas variaciones en la apariencia y los atuendos de hombres y mujeres fue registrada por los dibujantes, miniaturistas y pintores, quienes se dedicaban a registrar la cotidianidad de los habitantes de las nacientes repúblicas. Este es el caso de José Celestino Figueroa, quien pinta a un personaje masculino el cual posa obedientemente y mira fijamente al observador. Se encuentra vestido con una casaca de paño de color oscuro, una camisa de cuello blanco que sobresale al corbatín negro, y la cual enmarca el rostro del retratado, quien tiene una tez cuidada en la que se ve la sombra de un bigote recién afeitado.